

Comunidades cristianas para el comienzo del siglo XXI

PEDRO JOSÉ GÓMEZ SERRANO*

1. PRESENTACIÓN

En las páginas que siguen no voy a referirme a «qué es» o «cómo se hace» una comunidad cristiana, aunque me parezcan cuestiones de importancia capital¹. Deseo, más bien, imaginar los rasgos que necesitan adoptar las comunidades en el futuro inmediato, para responder a los retos de la presente situación social, cultural y religiosa, profundamente distinta a la que existía en nuestro país hace tan sólo unas décadas. Me gustaría, además, dar a este análisis un enfoque realista y esperanzado. De poco valen las ingenuas visiones de la realidad que confían en volver a la situación del cristianismo tradicional en una cultura que cambia a un ritmo vertiginoso y, menos aún, las quejas, las denuncias y los lamentos por «la ola de secularismo y anticlericalismo que nos invade», cuyo efecto evidente es teñir el discurso eclesial de pesimismo y de nostalgia, alejando, como es lógico, a quienes pudieran tener interés en conocer el «tesoro» que llevamos entre manos (aunque sea en vasos de barro).

* Profesor de Economía Mundial y Desarrollo en la Universidad Complutense.

¹ He reflexionado sobre esta temática en «Las comunidades cristianas juveniles», *Misión Joven*, n.º 213, Madrid, octubre de 1994, pp. 26-32; «Haciendo fraternidad», *Revista de Pastoral Juvenil*, n.º 328, ICCE, Madrid 1995, pp. 3-25; «La fraternidad: otro modelo de relación», *Revista de Pastoral Juvenil*, n.º 346, ICCE, Madrid 1997, pp.16-24; «Educar para la fraternidad», *Revista de Pastoral Juvenil*, n.º 346, ICCE, Madrid 1997, pp. 25-33 y «Condiciones de posibilidad de las comunidades juveniles hoy», *Misión Joven*, n.º 326, Madrid 2004, pp. 17-31.

Frente a quienes, en esta época de crisis, consideran que deberíamos conformarnos con que nuestros conciudadanos asumieran los valores básicos del Reino (libertad, paz, justicia, amor, perdón, etc.), aunque no accedieran propiamente a la experiencia creyente, creo que el Evangelio de Jesús presentado en su integridad sigue siendo una propuesta de sentido insuperable que puede llegar a ser acogida por aquellos que quieren buscar para su vida la máxima profundidad, calidad, fecundidad, esperanza y plenitud posibles. Felizmente, ya no anima nuestro entusiasmo evangelizador el lamentable lema «fuera de la Iglesia no hay salvación», que resultaba terrorífico para muchas personas y no menos trágico para la imagen pública del Dios cristiano. Si hoy seguimos anunciando la Buena Nueva es porque consideramos que vivir de forma consciente, eclesial y explícita la experiencia de sentirnos amados por Dios y llamados a realizar su sueño de fraternidad humana, constituye una forma insuperable de vivir. Pero para que nosotros podamos disfrutar de la salvación que el Dios de Jesús nos ofrece y, especialmente, para que pueda ser descubierta como buena noticia por nuestros contemporáneos, resulta imprescindible que la fe pueda ser formulada y vivida atendiendo a las claves de nuestra cultura.

Entiéndase bien esta tesis: no se trata de adulterar o diluir el Evangelio para que pueda ser asimilado con facilidad por quienes asumen los modos de entender la vida predominantes en nuestro entorno (el Evangelio siempre tendrá un componente de escándalo para la mentalidad convencional y de crítica para quienes sostenemos activa o pasivamente la injusticia), pero sí resulta imprescindible que la propuesta cristiana sea entendida (aunque no sea compartida), tenga una palabra relevante que decir respecto a los acontecimientos que agitan nuestro mundo y posea capacidad para dialogar con los valores dominantes que inspiran el comportamiento colectivo. Suelo repetir que el cristianismo, en nuestro entorno, debe pasar a ser una propuesta alternativa, pero no anacrónica. Los cristianos debemos estar por delante, no por detrás de los vientos de la historia.

Y no hay proyecto social que pueda desarrollarse sin sujeto que lo empuje hacia delante. De ahí la importancia de plantearnos cómo han de ser las

comunidades que necesitamos para vivir la fe o, con mayor profundidad teológica, las comunidades que el Señor Jesús necesita para continuar en la historia la tarea iniciada en Galilea hace veinte siglos y continuada hasta el presente por sus seguidores. Nos planteamos una cuestión ya clásica y que el teólogo Jürgen Moltmann consideraba uno de los principales dilemas de la Iglesia: elegir entre la *identidad* y la *relevancia*². Las comunidades no pueden olvidar ninguno de los dos polos: si olvidan su identidad habrán traicionado a aquel que es su origen y fundamento; si olvidan la relevancia social de su mensaje, el Evangelio quedará reducido a las estrechas fronteras de una secta. Los cristianos estamos obligados a mantener una doble fidelidad: a la realidad que «es como es» y no como nos gustaría que fuera, y al Evangelio de Jesús que, por su anclaje antropológico radical, siempre podrá «ser contado y cantado» en todo tiempo, espacio, cultura o grupo social aunque, claro está, no del mismo modo.

Por lo mismo, las pistas que siguen respecto a la caracterización presente y futura de las comunidades se referirán, fundamentalmente, a cuestiones de estilo, talante, prioridades y orientación. Las concreciones de estos criterios son tarea de cada grupo cristiano específico que nadie puede realizar en su nombre, ya que nadie conoce cada contexto sociocultural como los que viven en el mismo.

2. IMPULSAR LA CREACIÓN DE UN TEJIDO COMUNITARIO: CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Nunca insistiremos demasiado en la necesidad que tiene la Iglesia de impulsar la creación y desarrollo de núcleos comunitarios³. De forma resumida, podríamos hablar de cuatro tipos de motivos:

² J. Moltmann, *El Dios crucificado*, Sígueme, Salamanca 1975.

³ P. J. Gómez Serrano, «Condiciones de posibilidad de las comunidades juveniles hoy», *Misión Joven*, n.º 326, Madrid 2004, pp. 17-19.

- En primer lugar, la vivencia comunitaria *es una consecuencia intrínseca de la propia fe cristiana*. El Dios en el que creemos los cristianos es amor y convoca al amor (1 Jn 4, 7-8). Es un padre que crea familia en torno a Jesús, su hijo primogénito. Es un Dios trinitario, es decir, comunitario, que desea incluirnos a todos los seres humanos, libremente, en esa dinámica de cariño y donación recíprocos. Por eso, para nosotros, los discípulos de Jesús, hacer comunidad no consiste en una obligación jurídica, moral o en una aspiración idealista, sino en la respuesta natural a la experiencia del amor de Dios que, al mismo tiempo, supone el reconocimiento de nuestra vocación a la fraternidad en el mundo⁴. Hoy como hace dos mil años, el Señor sigue invitándonos a formar parte de su comunidad. En este sentido, la revelación bíblica nos ayuda a descubrir más claramente algo que cualquier persona puede barruntar: que la convivencia entre los distintos seres humanos en paz, justicia y solidaridad es un anhelo profundo, utópico en el mejor sentido del término, de la mayoría de las personas, aunque se encuentre amenazado permanentemente por el escepticismo derivado de la experiencia histórica de injusticia y dolor a las que conducen el egoísmo y el miedo.
- Por otra parte, hacer comunidad es también una *exigencia de la situación sociocultural*. Al menos en el occidente europeo los cristianos hemos pasado a ser una minoría cognitiva (respecto a la cosmovisión que sostenemos), en un entorno de amplio pluralismo, fuerte indiferencia religiosa y aguda crisis institucional. En este clima, parcialmente adverso, se presentan diversas alternativas para la ubicación social del cristianismo. En concreto, dentro de la Iglesia compiten hoy entre sí las estrategias del gueto, la reconquista, la disolución y el fermento. Desde mi modesto punto de vista, las tres primeras deben ser cuestionadas tanto por su escasa capacidad para evangelizar o, incluso, revitalizar el cristianismo en una nueva cultura a medio y largo plazo, como, lo que es más importante, por

⁴ M. Legido, *Fraternidad en el mundo. Un estudio de eclesiología paulina*, Sígueme, Salamanca 1982.

su escasa sintonía con el espíritu del Nuevo Testamento. Pero, si no queremos ser ingenuos y reconocemos la enorme influencia que sobre los individuos tienen las corrientes de pensamiento predominantes, tendremos que crear espacios en los que pueda cultivarse y fortalecerse la experiencia cristiana. No se tratará de grupos «estufa», «refugio» o «invernadero», pero sí de «oasis» abiertos y acogedores donde los cristianos puedan encontrar un adecuado microclima inserto en el clima general y los pobres un lugar donde ser tratados como hermanos⁵.

- En la recuperación de lo comunitario existe también una *necesidad pastoral*. Hoy nos resulta evidente que el descubrimiento, la personalización, la experimentación y la difusión de la fe requieren el espacio propio del pequeño grupo, porque éste es un ámbito que facilita la capacidad de interpelar, de comunicar vivencias, de experimentar el cariño y el apoyo mutuos, de discernir los signos del Reino, de inventar respuestas para mejorar nuestro mundo, de apoyar y sostener las iniciativas personales de compromiso sociopolítico. Ni la dinámica de los grandes colectivos ni, menos aún, la del aislamiento individualista pueden ser el medio en el que nazcan los nuevos cristianos, una vez que el entorno social no proporciona los estímulos y apoyos que, en el pasado, abrieron a los ciudadanos de las sociedades de cristiandad a la experiencia religiosa. Hoy volvemos a necesitar que, en pequeño grupo, Jesús nos diga «venid y veréis» (Jn 1, 39), para, tras un tiempo de convivencia, conocimiento y amistad con él, seamos capaces de aceptar su invitación: «id por todo el mundo» (Mc 16, 15).
- La comunidad es, por último, *una posibilidad de concreción eclesial*. Si aceptamos, siguiendo la afirmación del concilio Vaticano II, que la misión esencial de la Iglesia es ser signo e instrumento de la salvación

⁵ A este respecto véase, por ejemplo, J. Martín Velasco, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Ed. Paulinas, Madrid 1993, y *Ser cristiano en una cultura postmoderna*, PPC, Madrid 1996; L. González-Carvajal, *Los cristianos del siglo XXI*, Sal Terrae, Santander 2000; J. M. Mardones, *En el umbral del mañana. El cristianismo del futuro*, PPC, Madrid 2000.

ofrecida por Dios a todo el género humano, en algún lugar tendrá que verse, siquiera como embrión, ese signo y ese instrumento⁶. Por más que queramos empeñarnos en lanzar mensajes publicitarios en una época que padece una enorme inflación de palabras huecas, vacías o interesadas, nada interrogará tanto como un grupo que cree, ama y sirve, en el nombre del Señor⁷. Ya lo destacó el Evangelio: «donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20) y «en esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35). La credibilidad de la Iglesia y su capacidad evangelizadora se jugará más en la vitalidad de sus comunidades que en la mejora y adaptación de los discursos oficiales a los nuevos contextos⁸. Lo mismo cabe decir de la capacidad transformadora que puede tener la praxis que brota de la fe. Como bien dice la sabiduría popular: «obras son amores y no buenas razones». He escrito «posibilidad» para evitar esa forma tan frecuente de anular o neutralizar todo lo que en la Iglesia pueda resultar novedoso y que consiste en cambiar de nombre a «lo de siempre», sin que se modifique la realidad, y empezar, por ejemplo, a llamar comunidad a cualquier vaga congregación o colectivo de bautizados.

Pero afirmar la necesidad de lo comunitario es perfectamente compatible con indicar claramente las dificultades que cualquier proyecto de fraternidad evangélica tendrá que afrontar en nuestro contexto. Sin pretender agotarla, voy a destacar algunas de las que me parecen más significativas:

- Como señalan los observadores más agudos del cambio cultural, una nueva mentalidad está aflorando como fruto de complejos procesos

⁶ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n.º 1.

⁷ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n.º 21. PPC, Madrid, p. 25.

⁸ J. Martín Velasco, *Increencia y evangelización*, Sal Terrae, Santander 1988 y *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002; L. González-Carvajal, *Evangelizar en un mundo postcristiano*, Sal Terrae, Santander 1993 y *Cristianismo y secularización*, Sal Terrae, Santander 2002; J. A. Pagola: *Acción pastoral para una nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 1991.

económicos, tecnológicos, políticos, éticos e intelectuales que están transformando radicalmente las condiciones de vida y la manera de enfrentarse a ella de las nuevas generaciones. Ello está conduciendo a una aguda crisis de las formas religiosas tradicionales e, incluso, a una verdadera crisis de Dios ya que, en el horizonte de la vida de muchos de nuestros contemporáneos, han desaparecido o se han diluido enormemente las preguntas clásicas por el valor, el fundamento, el significado y la meta de la existencia que eran el sustrato espiritual en el que arraigaba la experiencia religiosa⁹.

- Existe, además, un creciente desajuste entre el lenguaje, el mensaje y la estructura institucional de la Iglesia y la cultura actual. «La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo» señalaba con acierto el papa Pablo VI, ya en 1975; un drama que, lejos de superarse, se ha ido profundizando en las últimas décadas¹⁰. El cambio epocal nos encuentra a los cristianos desconcertados. Cuando el intento de renovación postconciliar que, a pesar del enorme paso adelante que ha supuesto para aproximar a la Iglesia al mundo actual, había recorrido sólo medio camino, se han producido nuevos cambios socioculturales que han vuelto a ampliar la distancia Iglesia-sociedad y que nos obligan a repensar la inculturación postmoderna de nuestra fe.
- De hecho, la institución eclesial no está sabiendo situarse de un modo natural entre las culturas tradicional, moderna y postmoderna. Frente a las tensiones derivadas del diálogo con la modernidad y ante los peligros que perciben en la mentalidad que se ha venido en denominar postmoderna,

⁹ P. J. Gómez Serrano, «Jóvenes sin preguntas religiosas: una cuestión de teocomunicaciones», ponencia presentada en la XII Semana de Estudios de Teología Pastoral del Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca. Publicada como capítulo del libro *La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI*, Ed. Verbo Divino, Estella 2002.

¹⁰ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n.º 20, PPC, Madrid 1975.

los dirigentes eclesiales tienen una tentación intensa de volver al paradigma premoderno. Mencionemos, de paso, cuatro circunstancias que dificultan las posibilidades de cambio desde una perspectiva institucional: la alta edad media de los máximos responsables de la Iglesia, que les hace compartir una determinada visión de las cosas; la endogamia con la que han sido reclutados y que ha favorecido su notable homogeneidad teológica; el aislamiento de la realidad en el que se encuentran la mayoría de los obispos, cardenales y miembros de la curia (reforzado por la falta de espíritu crítico de sus colaboradores) y, por último, la dinámica verticalista de toda la estructura eclesial, que dificulta extraordinariamente el intercambio de opiniones y valoraciones sobre lo que sucede.

- Los patrones de vida dominantes en nuestro entorno ponen dificultades a la apertura a lo religioso en general, a lo evangélico en particular y a lo eclesial específicamente. En mi opinión, la sociedad del bienestar y del consumo (en este mundo roto y global al mismo tiempo) es el gran contexto y desafío para las comunidades cristianas. Cuando el horizonte vital se centra en elevar el nivel de vida, cuando compartir se percibe como amenaza y cuando el talante individualista se difunde de manera creciente, la existencia cristiana pasa a representar una postura a contracorriente. Creer, amar y esperar los valores que tomados en su sentido fuerte y ejercidos de manera radical resumen el modo cristiano de entender la vida son hoy verdaderamente contraculturales.
- Por último y para no «echar balones fuera» en el análisis de las dificultades con las que nos encontramos, me gustaría dejar constancia de la baja vitalidad de la experiencia cristiana de los propios miembros de la Iglesia. También nosotros estamos inmersos en el clima de indiferencia religiosa, de tendencia al aburguesamiento, de falta de acogida del amor de Dios y de escasa radicalidad y entusiasmo en el seguimiento de Jesús. Sea por la falta de raíces de una verdadera experiencia personal de fe o debido a la erosión y desgaste ocasionados en ella por las mutaciones

ambientales ya señaladas, lo cierto es que a muchas comunidades les faltan el arrojo y el coraje de la fe. Si somos honrados tendremos que reconocer que nuestra conversión sigue siendo tibia¹¹.

De tomarse en serio estos presupuestos surgen, a mi parecer, tres conclusiones básicas para la estrategia pastoral de los próximos años:

- La Iglesia tiene que poner toda la carne en el asador para promover la creación de comunidades vivas, destinando los recursos materiales y humanos de los que pueda disponer.
- El perfil y el talante general de los grupos cristianos debe cambiar a fin de capacitarles para vivir con ánimo y alegría en este nuevo contexto, mirando hacia delante sin complejos y añoranzas.
- El conjunto de la Iglesia tendrá que modificar profundamente sus estructuras, su clima interior, sus prácticas pastorales y el ejercicio de los ministerios para ser más funcional y menos opaca.

3. LA CULTURA ACTUAL: RETOS Y OPORTUNIDADES

Miremos a nuestro entorno para descubrir caminos de realización del proyecto evangélico, intentando identificar aquellos valores que constituyen una ocasión para vivir de un modo más adecuado nuestra fe comunitaria, aquellos otros que son rechazados por la sociedad con fundamento (y que nosotros mismos deberíamos, asimismo, desechar) y aquellos en los que, en mi

¹¹ En esto insiste, a mi parecer con acierto, Juan Martín Velasco en su libro *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002. Aunque no sería justo achacar la crisis religiosa actual principalmente a la falta de entusiasmo de los creyentes, dado que el cambio de mentalidad que estamos experimentando hunde sus raíces en procesos históricos muy complejos que escapan en buena medida a la actuación de las Iglesias.

opinión, los cristianos deberíamos mantener el consejo paulino: «no sigáis la corriente del mundo en que vivimos, más bien transformaos con una nueva mentalidad» (Rom 12, 2), sin amoldarnos acríticamente a los valores de moda.

Parece claro que la sociedad actual se encuentra a caballo entre la modernidad y la posmodernidad. Ambas corrientes culturales valoran positivamente aspectos que no dejan de ser también positivos desde una perspectiva cristiana de entender la vida. Para ser más concretos, podríamos afirmar que las comunidades del presente y el futuro inmediato deberían dar mucha importancia en su seno a la riqueza de las experiencias personales (frente a la pura adhesión ideológica o teórica a la fe), a la comunicación horizontal (frente a la unidireccional), a la diversidad cultural (frente a la pretensión de uniformizar de forma excesiva las formas doctrinales, morales o litúrgicas), a la dimensión estética de la fe (frente a la exclusivamente racional o ética), al mundo de los sentimientos y la afectividad (frente al excesivo hincapié en el activismo práctico, la disciplina o el orden)¹². Estos acentos no deberían entenderse de un modo unilateral o pendular, sino como complemento y correctivo a otros acentos que fueron defendidos de una forma extrema en el pasado. Por otra parte, valores heredados de la ilustración como el espíritu crítico, la mentalidad científica, la convicción de la fundamental igualdad y dignidad humanas, el imperio de la ley sobre la arbitrariedad, la búsqueda de la eficacia en la resolución de los problemas, el afán emancipatorio, el valor del individuo, el espíritu democrático o la importancia de la libertad, constituyen un bagaje ya irrenunciable para los cristianos del siglo XXI. Incluso hemos de reivindicar valores propios de la sociedad tradicional que

¹² Para una mejor comprensión de las culturas moderna y postmoderna, G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona 1990, y *Metamorfosis de la cultura liberal*, Anagrama, Barcelona 2003; G. Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona 1986. Para una lectura cristiana de estos fenómenos: L. González-Carvajal, *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander 1991; J. M. Mardones, *Posmodernidad y cristianismo. El significado del fragmento*, Sal Terrae, Santander 1988; J. Martín Velasco, *Ser cristiano en una cultura postmoderna*, PPC, Madrid 1996.

hemos perdido y que, lejos de habernos hecho progresar, nos han empobrecido: la relación contemplativa con la naturaleza, el reconocimiento de nuestro carácter de criaturas, la apertura al mundo simbólico y religioso, la solidez de las relaciones personales, la seriedad de la cuestión de Dios, el reconocimiento de nuestras responsabilidades en el éxito del mal, el valor del esfuerzo, el sacrificio o la entrega a las causas universales que pretenden mejorar nuestro mundo, etc. Una vida comunitaria que incorporara en su dinámica el amplio conjunto de valores que han sido mencionados, poseería una enorme riqueza interior y una notable capacidad de significación respecto al exterior.

En este proceso de discernimiento que estamos intentando realizar resulta necesario identificar también aquellas realidades que nuestros contemporáneos rechazan por considerarlas un freno al desarrollo personal y social, pero que se han ido incrustando en la forma histórica de configurarse la Iglesia y que ésta considera, muchas veces, tan consustancial a su identidad que se resiste a cambiar¹³. La mayor parte de la gente de mi entorno no acepta de ningún modo las formas de tutela exterior o las restricciones extrínsecas que amenacen o condicionen el ejercicio de la libertad personal que debe guiarse por la propia conciencia (no desean ser súbditos de nadie y sólo escuchan, en el mejor de los casos, los puntos de vista razonados y con autoridad moral). Del mismo modo, encuentran inaceptable cualquier forma de discriminación o desigualdad (particularmente de la mujer), sea cual sea el mecanismo de legitimación ideológica utilizado. La asimetría en el ejercicio del poder propia de los regímenes autoritarios no tiene ningún sentido para quienes comparten el paradigma democrático. El dogmatismo, el fanatismo, la intolerancia o la aplicación de principios generales a situaciones descontextualizadas son objeto de un rechazo generalizado. Y pocos son los que pueden entender, ni siquiera remotamente, que en nombre de Dios alguien se pueda oponer al placer, a la diversión, a la fiesta y, en definitiva, a la abundancia de la vida.

¹³ Para analizar con enorme amplitud, rigor y espíritu crítico esta dialéctica evolución histórica, véase H. Küng, *El cristianismo. Esencia e historia*, Trotta, Madrid 1997.

Soy perfectamente consciente de que detrás de estos planteamientos críticos tan «políticamente correctos» puede haber errores graves e interesados como los del relativismo moral, la banalización del mal, la defensa de una democracia puramente formal, la crítica demagógica a las instituciones, cierto narcisismo cómodo, formas variadas de individualismo o la absolutización del placer. Sin embargo, creo honestamente que la actitud crítica de la mayor parte de nuestra sociedad a los valores mencionados debería ser considerada por la Iglesia como don del Espíritu que nos permite descubrir, en el espejo de la sociedad, verdaderos defectos de nuestras comunidades que, en lugar de ser abandonados hace ya tiempo, han recibido una sacralización muy contraria al espíritu de los evangelios. Casi nadie entiende hoy, y se entenderá menos en el futuro, la situación de la mujer, la visión de la sexualidad y la forma de ejercicio de las responsabilidades propias del vigente modelo eclesial. Al contrario, la Iglesia debería ir por delante de cualquier otra institución social en la supresión de las desigualdades, en la alabanza por la riqueza corporal de la sexualidad y en la toma de decisiones fruto del acuerdo, del diálogo y de la capacidad de ponernos en el lugar del otro, en particular, del distinto o del pobre.

En la medida en que me estoy refiriendo a «cuestiones mayores» cuya modificación requiere de un largo proceso de reflexión y deliberación eclesial, pienso que, en la práctica, las comunidades cristianas concretas deberán ir dando pasos para transformar, al menos, su estilo de funcionamiento en una nueva perspectiva. No soy de los que piensan que los cambios en la Iglesia vayan a venir por lo general desde arriba. La mayor parte de las veces, las modificaciones estructurales, que deben ser promovidas y realizadas por quienes tienen mayor responsabilidad y autoridad para hacerlo (el papa y los obispos especialmente) en comunión con todo el Pueblo de Dios, sólo llegan a producirse en la medida en que los cristianos de a pie las van reclamando. Por su propia ubicación social, los creyentes particulares, catequistas, militantes, agentes de pastoral e, incluso, teólogos, pueden tener un principio de realidad menos distorsionado y una sensibilidad mayor a los signos de los tiempos. Y no olvidemos que,

cuando algo renovador ha sido sancionado públicamente como positivo en la historia de la Iglesia, había sido ya intuido o experimentado por los creyentes más atentos a los cambios de la historia.

Dando un paso más en nuestra reflexión y siguiendo la valiente afirmación del Concilio Vaticano II, según la cual: «El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón»¹⁴, podemos intentar rastrear esos deseos, aspiraciones, anhelos e ilusiones que existen en nuestra sociedad y que podrían impulsar a algunos de sus miembros a acercarse a conocer nuestras comunidades. En concreto, pienso en el grupo significativo de personas que empiezan a pensar que vivir consiste en algo más que en sobrevivir o en ir tirando; que confían en que tiene que haber una forma de entender la vida que vaya más allá del tener más y disfrutar a toda costa; que buscan conseguir cierta unificación personal en este mundo caótico, cambiante y complejo; que aspiran a alcanzar cierto grado de paz y solidez interiores; que desearían establecer con otros un tipo de relaciones interpersonales profundas y amistosas; que se encuentran abiertas al crecimiento y desarrollo personales; que quieren hacer efectivo su deseo de solidaridad porque son sensibles a la injusticia; que necesitan encontrar un sentido último a sus vidas y motivos para mantener la esperanza. Este tipo de personas, que han llegado a saturarse de la religión del bienestar o a quienes los acontecimientos de la vida han puesto en crisis, deberían poder encontrar entre nosotros espacios de fraternidad en los que compartir sus búsquedas, dudas, problemas y deseos. Son, sin duda, quienes pueden recibir con interés la propuesta del Evangelio, los pobres de espíritu, los que no son autosuficientes ni están satisfechos.

Por último, me parece imprescindible destacar algunos ámbitos en donde sería deseable una actitud profética que intentara distinguir qué hay de bueno

¹⁴ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n.º 1.

y de malo para el ser humano tanto en lo antiguo como en lo moderno. Creo que sólo desde el reconocimiento leal de lo mucho bueno que tiene nuestro mundo, cabe también hacer una crítica de algunos de los valores que están ampliamente extendidos en la actualidad, pero que no parecen muy humanizadores, y ofrecer otros caminos para acceder a esa vida en abundancia que nace de la sabiduría evangélica.

Buscando formular las propuestas que las comunidades cristianas debemos hacer en este momento histórico inspirándonos en la vida y el mensaje de Jesús, señalaría las siete siguientes: ayudar a descubrir que la clave de la vida consiste en pasar de la actitud narcisista que hace considerar todo lo que nos rodea en función de nuestras necesidades, a la dinámica de la entrega y la reciprocidad que, sorprendentemente, nos conduce a una existencia más plena; invitar a pasar de una actitud de instalación en la superficialidad y la evasión permanentes tan propia del momento presente, a otra que se interrogue en profundidad por el misterio de la realidad y de la vida y que podría abrir a algunas personas al ámbito de la trascendencia; testimoniar que, en el entorno de la vida humana, las rebajas acaban atentando contra la calidad de la existencia (lo bueno, en el plano de lo personal, es caro, exige riesgos, renunciadas y generosidad); denunciar la enorme trivialización del mal que padece nuestra sociedad (aunque varias de sus modalidades sean retransmitidas en directo por los medios de comunicación social), para que todos asumamos, sin excusas, nuestra responsabilidad personal y colectiva en el dolor del mundo; superar una actitud instrumentalizadora de las personas y de la naturaleza para aprender a cuidar de toda forma de vida, particularmente las más vulnerables; desenmascarar la injusticia «que clama al cielo» sobre la que se asienta el bienestar material del mundo económicamente desarrollado y de la que somos cómplices por acción, omisión e indiferencia, para impulsar un género de vida más sencilla orientada a compartir lo que somos y tenemos; animar a descubrir, por último, que de la ética indolora dependiente por completo del propio estado de ánimo (o de la solidaridad puntual y restringida al pequeño círculo de los míos), al compromiso sólido en favor de la justicia media un abismo que merece la pena ser cruzado.

A partir de todo lo señalado imagino o, mejor, sueño, con una nueva forma de configuración eclesial que vaya adoptando los siguientes rasgos:

- Un tejido de grupos de personas unidas, ante todo, por tener una experiencia común: la de sentirse llamados por Jesús a acoger y difundir el amor de Dios.
- Una inserción por capilaridad social; las relaciones interpersonales serán las formas prioritarias de servicio y evangelización (como al principio).
- Una estructura de red, como movimiento social libre y pobre que colabora con otros y es menos dependiente de pactos con el poder.
- Una articulación interna mucho más igualitaria, flexible, fraterna, sensible al exterior y consciente del carácter provisional de sus respuestas.
- Una presencia que será pública y no sólo privada, aunque propositiva más que impositiva, testimonial más que legal, creativa más que repetitiva.
- Una implantación social minoritaria y sencilla, pero cuyo objetivo prioritario sea vivir intensa, alegre, alternativa y agradecidamente la fe en Jesús.
- Una forma de situarnos ante la realidad caracterizada por discernir, aprender, rectificar, denunciar y proponer aquello que pueda hacer progresar el Reino.

4. LA SITUACIÓN ECLESIAL: RETOS Y OPORTUNIDADES

Después de haber dirigido nuestra mirada al marco cultural en el que han de vivir las comunidades cristianas vamos a fijar nuestra atención en el entorno eclesial en el que tendrían que enraizarse. Realmente cabría esperar que, en un contexto social poco favorable, las comunidades cristianas encontrarán un respaldo institucional sólido en la Iglesia. En honor a la verdad hay

que reconocer, sin embargo, que esto en demasiadas ocasiones no es así y que, hoy en día, ese respaldo depende mucho del tipo de comunidades a las que nos refiramos, a su orientación teológica y a su talante eclesial. Por ello resulta de la mayor importancia analizar la actual situación de la Iglesia y su capacidad para acoger e impulsar el fenómeno comunitario.

No podemos por menos de empezar por considerar una verdadera gracia la proliferación de pequeñas comunidades de todo tipo que han surgido después del Concilio Vaticano II y la recuperación de la dimensión comunitaria a la hora de definir lo que es la Iglesia¹⁵. Estas experiencias concretas de fraternidad han hecho posible que muchos laicos, «ese gigante dormido» como los denominaba el teólogo Yves Congar, hayan despertado en un número considerable y hayan asumido las responsabilidades que les correspondían en tanto que bautizados y seguidores de Jesús. Como ya se ha señalado, estos grupos comunitarios y los procesos catecumenales que han inspirado han permitido una fuerte personalización de la fe en un contexto de secularización creciente y una militancia cristiana de notable intensidad. También debería recibir una valoración positiva la enorme diversidad del fenómeno comunitario (en espiritualidad, en metodología, en teología, en formas de presencia evangelizadora, en modos de compromiso social y político, etc.).

Lo que la Iglesia y las comunidades que la componen deberían ser está relativamente claro en el terreno teórico. Recientemente lo recordaba José Ignacio González Faus haciendo memoria de una de las últimas plegarias eucarísticas en las que los creyentes pedimos que la Iglesia sea «un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella motivos para seguir esperando»¹⁶. Las comunidades aspiran a ser espacios para creer, para crecer y para crear un mundo más humano. Por

¹⁵ A. Iniesta, *Teopraxis. Comunidades. Tareas urgentes*, Sal Terrae, Santander 1981; Secretariado Diocesano de Catequesis de Madrid, *Comunidades plurales en la Iglesia*, Ediciones Paulinas, Madrid 1981.

¹⁶ J. I. González Faus, «¿Para qué la Iglesia?». *Cuadernos Cristianisme i justícia*, n.º 121, Barcelona 2003, p. 9.

desgracia, las personas que se encuentran con la Iglesia no siempre tienen esa percepción de su realidad. Algunos, incluso, sienten más cercana la expresión de Don Quijote: «¡Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho!».

Vivimos en los últimos años una situación de estancamiento eclesial, de paralización institucional, de agotamiento de liderazgo, de desconcierto, de *stand-by*, de *impasse*. Dos peligros bien reales nos afectan: el intento de restauración del modelo de cristiandad caracterizado por su obsesión por el orden, la disciplina, la ortodoxia y la uniformidad, por una parte, y, por otra, el riesgo de que la Iglesia Católica se convierta en una especie de «federación de sectas»¹⁷ constituida por cada una de las órdenes religiosas, instituciones apostólicas, movimientos eclesiales y comunidades varias que, celosas de su identidad y su carisma, no sean capaces de mantener lazos de comunión ni de trabajar colaborando mutuamente. Así, podemos observar cómo en la Iglesia cada «franquicia» tiende a tener sus lenguajes, sus estructuras, sus teologías, sus obras, sus expresiones litúrgicas específicas que, aunque en principio son perfectamente legítimas, en algunos casos, amenazan con impedir la experiencia cristiana común que es mucho más importante e integradora. En ocasiones sigue siendo aplicable, por desgracia, a nuestra situación el comentario del cardenal Newman: «Cuánto nos odiamos para explicar el amor de Dios»¹⁸.

El contexto presente está caracterizado, pues, por un mutuo recelo: los grupos más tradicionales dentro de la Iglesia monopolizan el poder temerosos de que las corrientes más aperturistas puedan diluir o adulterar la originalidad del mensaje cristiano en aras de un progresismo ingenuo, y los sectores más abiertos al cambio experimentan una especie de esquizofrenia afectiva

¹⁷ Escuché esta incisiva y lúcida expresión a mi amigo Rafael Díaz Salazar en una conversación informal.

¹⁸ Citado en F. Millán Romeral: *La penitencia hoy*, Desclée de Brouwer-Universidad Pontificia de Comillas, Bilbao 2001, p. 300.

interior al sentirse miembros del Pueblo de Dios, pero sin poder influir en la modificación de las estructuras eclesiales y percibir el muy negativo impacto del imaginario eclesial sobre la acción evangelizadora y liberadora que intentan desarrollar en una sociedad que no entiende o rechaza algunas posturas oficiales de la Iglesia. Al control y la defensa cerrada de la institución de los primeros se opone la actitud crítica o distante de los segundos. Al relativo desamparo institucional de los segundos se contraponen el respaldo firme de la jerarquía a los primeros. Es, sin duda, un tanto maniquea esta presentación del conflicto, pero debajo de la caricatura subyace un problema verdadero: la dificultad de integrar diversidad y comunión en un marco que, en muchos aspectos, continúa siendo autoritario.

Parece claro que esta división interna de la Iglesia, que no debería confundirse con el legítimo y deseable pluralismo que debe existir dentro de ella, está minando la credibilidad y la capacidad significativa de la comunidad cristiana; esteriliza, fragmenta y debilita la acción social y pastoral de nuestra Iglesia y desgasta las energías psíquicas y espirituales de numerosos cristianos. Por ello, se hace necesario crear espacios y estructuras de comunicación intraeclesial para afrontar estos problemas, aunque de poco valdrán esos espacios si en ellos no se dan las condiciones necesarias para un verdadero diálogo: libertad para expresarse, respeto al punto de vista del otro, capacidad para tomar en consideración los distintos argumentos, atención a los matices, contención de la demagogia, suposición de la buena voluntad del interlocutor, humildad y valentía para exponer la propia visión de las cosas, apertura a la modificación de las posiciones mantenidas hasta la fecha, etc.

Pero, siendo necesarias (y exigibles evangélicamente) las actitudes mencionadas, no son suficientes, en mi opinión, para crear las condiciones que requiere un auténtico diálogo. El problema se sitúa en un nivel estructural y metodológico. Determinadas cuestiones (organizativas, simbólicas, doctrinales o morales) de la vida de la Iglesia se consideran hoy excluidas de cualquier

posible diálogo porque el magisterio sostiene que han quedado zanjadas completa y definitivamente, ya que las respuestas que se dieron en un momento histórico a esas cuestiones poseen un valor absoluto. Y nos referimos aquí a numerosos asuntos que, en opinión de la mayoría de los teólogos, no forman parte del núcleo de la fe común. Si es verdad que «la verdad nos hará libres» (Jn 8, 32), no deberíamos temer a la búsqueda honrada de los destellos o fragmentos de verdad que humilde y pacientemente podamos alcanzar, sabiendo que los errores podrán ser, poco a poco, subsanados por la experiencia práctica y una reflexión más profunda. Pensar que ya tenemos las soluciones a todos los problemas (presentes y futuros) o, peor aún, que éstas poseen una sanción divina es sumamente peligroso. Supone, en el fondo, no creer de verdad que el Espíritu de Dios nos tiene aún que revelar muchas cosas (Jn 16, 13) e ignorar que la historia evoluciona inevitablemente.

Manteniendo lo más radical y auténtico del espíritu de Jesús podemos y debemos actualizar en cada momento histórico las posiciones cristianas ante los retos planteados a la humanidad, conforme nos indiquen los signos de los tiempos y lo permitan las mediaciones espirituales, analíticas y prácticas disponibles, realizando ese discernimiento con el concurso de todos los bautizados a quienes se supone asiste la gracia. Todos debemos sentirnos más buscadores de la verdad que poseedores de la misma. Y ello exige un espacio amplio de libertad para el debate entre creyentes, que últimamente se está cerrando en falso demasiadas veces; un espacio de diálogo compartido entre los bautizados y la jerarquía, pues la llamada a la comunión debería entenderse en ambos sentidos; un espacio mayor para la pluralidad de interpretaciones teológicas y morales, cada vez más necesaria en una cultura enormemente heterogénea; un espacio propio para el discernimiento en conciencia de los dilemas morales, en una sociedad que desea ser éticamente adulta; un espacio suficiente que medie entre los criterios orientadores de la vida eclesial y las normas del derecho canónico. Y, además de espacio, valentía para afrontar las reformas estructurales que eviten que la Iglesia complete un proceso de aislamiento cultural de consecuencias

nefastas para el futuro de la vida cristiana y que han sido reclamadas por tantos teólogos¹⁹.

Si somos capaces de recobrar la libertad, la participación y la corresponsabilidad será posible también recuperar otros dos valores inestimables: la comunión y la complementariedad. Creo sinceramente que todos nos necesitamos en la Iglesia. El aparato institucional, que está dotado de una gran solidez, necesita la savia que sólo le pueden dar grupos dinámicos de creyentes. Las pequeñas comunidades, que son mucho más flexibles a las modificaciones de los entornos concretos, necesitan la fortaleza de las instituciones si no quieren ver amenazada su existencia por la fragilidad propia del grupo carismático. Cada tipo de comunidad suele vivir con apasionamiento alguna de las facetas de la vida cristiana o de los valores del Evangelio, pero necesita abrirse a la perspectiva del resto si no quiere empobrecerse o volverse unilateral.

Algo análogo cabría decir de la complementariedad potencialmente muy enriquecedora que tendría que darse entre los distintos estados de vida cristiana (vida consagrada y vida laical) o entre los distintos servicios o ministerios dentro de la Iglesia. Naturalmente, que la realización efectiva de esa complementariedad requiere recuperar la igualdad fundamental de todos los cristianos y redescubrir la función y significado de los distintos ministerios o estados de vida desde la perspectiva de su servicio a la fraternidad, algo que aún está lejos de realizarse en el conjunto del Pueblo de Dios. Vuelve a ser

¹⁹ K. Rahner, *Cambio estructural de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 1974; L. Boff, *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 1980; H. Haag, *La Iglesia que quería Jesús*, Herder, Barcelona 1998; G. A. Arbuckle, *Refundar la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 1993; Ch. Duquoc, «*Creo en la Iglesia*». *Precariedad institucional y Reino de Dios*, Sal Terrae, Santander 1999; M. Kehl, *¿Adónde va la Iglesia?*, Sal Terrae, Santander 1996; J. A. Estrada, *Del misterio de la Iglesia al Pueblo de Dios*, Sígueme, Salamanca 1988; C. Floristán, *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, Sígueme, Salamanca 1999; J. M. Castillo, *La Iglesia que quiso el Concilio*, PPC, Madrid 2001; AA.VV., *Retos de la Iglesia ante el nuevo milenio*, PPC, Madrid 2001.

necesario recordar aquí que resulta poco imaginable una Iglesia compuesta por comunidades cristianas maduras que acepten la subordinación del laicado o la discriminación de la mujer.

Cuando ningún carisma o ministerio acapara el poder y a todos se les reconoce el derecho a la existencia y a contribuir con sus aportaciones a la construcción del edificio eclesial, se está en condiciones de avanzar en el enriquecimiento mutuo y en la misión compartida. Éste es, a mi parecer, el primer reto intraeclesial del futuro inmediato. Y reclama tanto estructuras de comunión, como un espíritu de comunión que permita un pluralismo basado en el respeto y reconocimiento mutuos y la colaboración máxima en la acción eclesial. Cabe aceptar perfectamente la crítica mutua y la corrección fraterna, que harán avanzar a la Iglesia, sin aceptar las dinámicas que conducen a las descalificaciones previas de grupos y personas. Es un motivo para la esperanza el hecho de que son muchos los cristianos que han superado una actitud polémica y descalificadora de los que no piensan como ellos y que no conciben la Iglesia como el terreno en el que un modelo eclesiológico debe combatir con otros, sino el espacio común en el que podemos convivir quienes creemos en el mismo Jesucristo, aunque hagamos diferentes lecturas del Evangelio. Es motivo de preocupación, por otra parte, la extensión en muchas comunidades de un sentimiento de decepción por el inmovilismo e, incluso, involución actuales.

La dimensión de los desafíos de la evangelización del mundo actual debería obligarnos a cambiar muchas de nuestras dinámicas. Resulta imprescindible gastar menos fuerzas en las batallas eclesiales internas y muchas más en el anuncio explícito del evangelio y la promoción de los valores del Reino. Debemos emplear menos esfuerzos en mantener iniciativas pastorales que tuvieron su sentido hace décadas y muchos más en inventar creativamente formas nuevas de «contar y vivir lo de Jesús». Debemos emplear nuestras energías en tender puentes con los demás grupos sociales y corrientes de opinión, en vez de situarnos a la defensiva o en actitud condenatoria. Debemos impulsar comunidades acogedoras, cálidas y con experiencia de fe, en

lugar de grupos rígidos, ideológicos o meramente formales. Debemos ofrecer motivos de esperanza más que críticas globales. Debemos discernir permanentemente los acontecimientos de la actualidad para no ofrecer respuestas caducas a problemas nuevos y para evitar que las mediaciones que a nosotros nos permitieron el acceso a Jesús se fosilicen impidiendo a otros realizar el mismo encuentro.

Si parece cierto que la imagen oficial de la Iglesia tiene tintes negativos en nuestra sociedad, la responsabilidad que le corresponde a las comunidades concretas que trabajan discretamente en los pueblos o los barrios de las grandes ciudades es presentar otro rostro más cercano, alegre, creyente, cariñoso, comprensivo, servicial, humilde y solidario de la Iglesia. En su pequeñez y proximidad, el grupo cristiano concreto y sus miembros pueden tener mayor capacidad de convocatoria y generar menos reacciones alérgicas a la propuesta cristiana. Sin embargo, y para no pecar de ingenuidad, hay que señalar inmediatamente que la imagen global de la Iglesia tiene que mejorar sustancialmente para que la acción de las comunidades cristianas particulares pueda ser efectiva. ¡Cuántas veces la labor evangelizadora desarrollada durante años puede irse por la borda ante el impacto negativo de algunas posturas oficiales de la Iglesia! En la era de la imagen, a muchas personas les resulta muy difícil pertenecer a una institución sometida al descrédito social cuando además se discrepa también del acierto evangélico de alguno de sus posicionamientos. Y al contrario, la sintonía afectiva y efectiva entre las comunidades concretas y el aparato institucional de la Iglesia multiplicaría la eficacia testimonial del Pueblo de Dios. La Iglesia universal podría hacerse presente cerca de cada grupo humano, y sus núcleos comunitarios recibirían el respaldo institucional que necesitan para revitalizarse. Es la situación que todos deseáramos alcanzar, pero que la situación actual no facilita.

No obstante, después de haber mirado al contexto sociocultural y al entorno eclesial, quizá debamos esperar sobre todo de la misma naturaleza de las comunidades cristianas su mayor posibilidad de creatividad, renovación y

crecimiento. De lo más profundo de sí mismo le vendrá a cada grupo cristiano la fuerza del Espíritu para luchar por mejorar poco a poco nuestro mundo, la Palabra de Dios para iluminar las encrucijadas de cada momento histórico, la energía que brota de la mesa compartida para tirar adelante en la vida con dignidad, la experiencia milagrosa del compartir fraterno, la alegría del perdón y de la fiesta²⁰. Las comunidades, pequeñas células de un Cuerpo de Cristo que tiene muchos miembros y, todo hay que decirlo, bastantes achaques, pueden estar realizando una tarea de mantenimiento y resistencia que podrá ser más fecunda cuando los responsables del Pueblo de Dios afronten la tarea de volver a dialogar sin miedo con la sociedad de la que todos formamos parte y a la que deseamos ofrecer lo mejor que tenemos.

5. MAR ADENTRO

La imagen del Señor resucitado animando a sus discípulos, aún decepcionados por el impacto de su muerte, a adentrarse con confianza en las aguas del lago de Tiberíades para iniciar una nueva aventura, puede ser muy adecuada para bosquejar la Iglesia del futuro (Jn 21, 1-6). Los cristianos tendremos que salir de los puertos conocidos e ir, como decía Antonio Machado, «ligeros de equipaje», sabiéndonos siempre en camino dentro de una historia que no se para, acogiendo en la medida de sus posibilidades a tantos excluidos cuyas pateras amenazan hundirse en el océano de injusticia que nos rodea, abiertos a la novedad permanente del Espíritu y convencidos de que Jesús permanece en la barca sosteniendo nuestra esperanza, aunque a veces parezca dormido.

Las comunidades tendrán que expresar con su estilo de vida que los cristianos, como señalaba un famoso eslogan contra la intolerancia, «somos iguales y somos diferentes». Que compartir la fe y la vida puede ser lo más

²⁰ J. Moltmann, *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978; J. Vanier, *La comunidad: lugar de perdón y fiesta*, Ed. Narcea, Madrid 1980.

normal del mundo, pero que, al mismo tiempo, en nuestra sociedad esto es un verdadero milagro. Esta intuición no es original y ha sido repetida a lo largo de la historia del cristianismo.

Decía san Agustín con una enorme sencillez en su libro de las *Confesiones* que «*Un grupo cristiano es un grupo de personas que rezan juntas, pero que también hablan juntas; que ríen en común e intercambian favores; están bromeando juntos y juntos están serios; están a veces en desacuerdo, pero sin animosidad, como se está a veces con uno mismo, utilizando ese raro desacuerdo para reforzar siempre el acuerdo habitual. Aprenden algo unos de otros o lo enseñan unos a otros. Echan de menos, con pena, a los ausentes. Acogen con alegría a los que llegan. Hacen manifestaciones de este u otro tipo, chispas del corazón de los que se aman, expresadas en el rostro, en la lengua, en los ojos, en mil gestos de ternura. Y cocinan juntos los alimentos del hogar, en donde las almas se unen en conjunto y donde varios, al fin, no son más que uno*»²¹.

Y antes aún, a finales del siglo segundo, se escribieron estas palabras en la Carta a Diogneto: «*Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. En verdad esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres sabios, ni profesan como otros hacen una enseñanza humana, sino que habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en comida, vestido y demás géneros de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y por confesión de todos sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman*

²¹ He tomado la versión de S. Movilla, *Ofertas pastorales para los jóvenes de los 80*, Ed. Paulinas, Madrid 1984, p. 108.

parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros. (...) Obedecen las leyes, pero sobrepasan a las leyes con su vida. A todos aman y de todos son perseguidos. Se les desconoce y se les condena. Se les mata y en ello les va la vida. Son pobres y enriquecen a todos. Carecen de todo y en todo abundan»²².

Nos queda, por último, recordar que los cristianos tenemos en nuestras manos una seria responsabilidad: la de continuar acercando a nuestros contemporáneos la oferta salvadora de Jesús. En un famoso artículo titulado «¿Por qué sigo en la Iglesia?» el cardenal J. Ratzinger, siguiendo a los antiguos padres de la Iglesia, comparaba a ésta con la Luna²³. Y señalaba que, así como cuando se ha llegado a pisar la Luna se ha observado que es un planeta sin vida propia, árido y estéril, al contemplar este astro desde la Tierra quedamos admirados por su luminosidad y hermosura. Ella nos refleja, en medio de la noche, la luz que procede del Sol. De la misma manera, la Iglesia, que vista en su inmediatez sociológica e histórica puede parecernos pobre y carente de vitalidad, existe en realidad para reflejar el amor del Dios que la habita, de modo que llegue a iluminar y calentar la vida de todos los hombres y mujeres de nuestro planeta. Pero continuando la analogía podemos pensar que la Iglesia actual puede estar en cuarto creciente o en cuarto menguante e, incluso, en fase de luna nueva (que no refleja nada) o, peor aún, protagonizando un eclipse que impediría ver la luz del Sol. Pidamos al Señor que sepamos responder a nuestra verdadera vocación de ser su modesta y agradecida *luna llena*.

²² P. Loidi, M. Regal y F. Urbarri, *Gritos y plegarias*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1996, p. 403.

²³ J. Ratzinger: *¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué permanezco todavía en la Iglesia?*, Ed. Sígueme, Salamanca 1975.